

## **TRES EPISODIOS DE LA VIDA DE D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO**

En una tarde del mes de Octubre del año de 1873 bajaban por la acera derecha de la calle de Valverde, dirigiéndose a la plazuela de Sn. Ildefonso, tres personas, dos de ellas de pocos años y la tercera de edad madura y sosegado continente. Departían con tal familiaridad que se les hubiera tomado por un padre y dos hijos, notándose que los jóvenes reparaban en todo lo que iban viendo, como quienes pasean por vez primera las calles de la corte; y cuando llegaron a la casa en que se albergó durante muchos años la Real Academia Española, detúvose un momento el mayor de los dos jóvenes, que aún no contaba diez y siete años, a leer el letrero escrito en el dintel de la puerta, y volviéndose luego al que era su Mentor, y no su padre, le interrogó de este modo:

—D. José\*, ¿Cuándo entraré yo por esta puerta?

—Nunca —le contestó aquel, con aparente seriedad.

—Ay, sí, sí: he de entrar, he de entrar.

Y el jovenzuelo, estudiante de tercer año en la Facultad de Filosofía y Letras, dijo estas palabras con tan arraigada convicción que el tutor hubo de asentir para sus adentros a lo que el pupilo afirmaba; pero no se figuró entonces que fuese en edad tan temprana que el presidente de la Real Academia Española pudiera decirle el día de su recepción solemne que el más viejo de los académicos felicitaba y recibía al más joven de todos ellos.

---

\* En el texto que parcialmente transcribe Sánchez Reyes: «—Ah, D. José». Figuraba allí una nota de Luanco: «En algunas provincias del norte de España suele anteponerse una 'A' al nombre de la persona con quien se quiere hablar», *Biografía crítica y documental de Marcelino Menéndez Pelayo* (Madrid: CSIC, 1974), p. 81.

\* \* \*

Por los años de 1871 y 1872 publicábase *La Ilustración de Madrid*, compitiendo, según se traslucía, con la *Española y Americana*.

D. Abelardo de Carlos, director y propietario de esta última publicación ilustrada, anunció en ella un certamen, ofreciendo premiar a los autores de aquellos artículos y grabados que lo mereciesen, según el fallo de un jurado que se nombraría al intento.

En el transcurso del plazo señalado para presentar los trabajos debieron hacerse algunas componendas, y lo cierto fue que *La Ilustración de Madrid* dejó de publicarse. Sin embargo el certamen anunciado siguió su curso; mas acabado el plazo los señores jurados mostraron tanto celo por los intereses pecuniarios del director de *La Ilustración Española y Americana* que no hallaron ni en los artículos ni en los grabados [tachado] dibujos presentados ninguno que fuese merecedor de la recompensa ofrecida. La severidad de este fallo se templaba con la recomendación que se hacía en él para que D. Abelardo adquiriese algunos artículos y dibujos que se le señalaban.

Marcelino Menéndez había acudido al llamamiento con tres artículos: uno sobre los traductores españoles de Horacio; otro acerca de las obras de Fernán Pérez de Oliva, y el tercero sobre Pedro Mexía.

Súpose por los periódicos el veredicto del jurado y esperábase que apareciera el número próximo de *La Ilustración* para ver en él cuáles eran los escritos afortunados, cuya adquisición se recomendaba.

Solían llevarse al Ateneo de Madrid los números de *La Ilustración* a primera hora de la mañana del día en que se daban al público, y Marcelino pidió y rogó al tutor que se apresurase a leer el que tanto anhelaba. Grande fue su alborozo cuando volvió llevándole la noticia de estar indicados sus tres artículos para ser adquiridos.

En la tarde de aquel día se encaminaron tutor y pupilo al despacho de D. Abelardo de Carlos, a quien encontraron arrellanado en su sillón y colgado en la pared un cartel que decía: “No se reciben originales”.

Explicado en breves palabras el objeto de la visita, oyeron de boca de D. Abelardo esta fría y desdeñosa respuesta:

—Yo debía ofrecer premios para que no me asediasen los escritores noveles: ya ven lo que aquí he puesto (señalando con el dedo índice el consabido cartel), así es que no estoy inclinado a remunerar muchos de los escritos que el jurado me recomienda.

—Este joven es autor de los tres primeros —replicó el tutor—, y en creencia de que si algunos se eligen serán estos los favorecidos, deseo me indique el valor que tienen para V.

—Poco, muy poco; le daría unos cinco o seis duros.—

Al oír esta respuesta frunció el entrecejo el D. José de este cuento, y encarándose con el director de *La Ilustración*:

—Repáre V. —le dijo— en la fisonomía del autor: tiene muchos años por delante para darse a conocer; además, no es ningún necesitado, y su padre no consentiría que diese sus artículos por precio tan mezquino, que parece una limosna. Sírvase devolverle los originales, y aquí está el resguardo que se le dio al entregarlos.—

Disculpóse con que aquella tarde no los tenía en la mano, y salieron tutor y pupilo del despacho en disposición de ánimo muy distinta. El primero colérico y destemplado; y el segundo cabizbajo y mohíno, porque para él lo de menos era el estipendio y lo principal ver su nombre impreso en las columnas de una revista tan leída y acreditada.

Conoció todo esto su acompañante y le aconsejó que fuese a consultar el caso, refiriéndole lo ocurrido, con el eminente literato D. Leopoldo Eguilaz, catedrático de la Universidad de Granada, que hallándose en Madrid, en calidad de juez de oposiciones, se había aficionado a Marcelino por verle diariamente en la sala de manuscritos de la Biblioteca Nacional, y añadió:

—Si te aconseja que los des por la bicoca que te ofrecen, hazlo en buen hora.

Pero el Sr. Eguilaz, como buen andaluz, se subió a la parra, desahogando en denuestos muy merecidos, y prohibió a Marcelino que dejase los artículos al director de *La Ilustración Española y Americana*.

Dos horas después retirábase a su casa, malcontento con lo que le sucedía, y al abrirle la puerta la huéspeda le dijo que había estado esperándole largo tiempo un señor, dejándole una tarjeta sobre la mesa. La tarjeta decía así:

“Abelardo de Carlos B. L. M al Sr. D. Marcelino Menéndez y le ruega que mañana a las cuatro de la tarde pase por esta casa, que es la suya. Todo se arreglará”.

Pueden imaginarse las conjeturas que se formaron sobre esta inesperada tarjeta.

No faltó Marcelino a la cita, hallando en compañía de D. Abelardo a D. José de Castro y Serrano, a cuya insistente demanda para conocer al autor de los tres artículos hubo aquel de tomar el sombrero y encaminarse a su [tachado nuestro] hospedaje de la calle de Silva, número 4, cuarto principal.

El Sr. De Castro se informó de la edad, familia y estudios de Marcelino, y concluyó diciendo:

- Veamos, Abelardo, ¿Cuánto has de pagar por estos artículos?
- Daré ocho duros por cada uno, ya que tanto te interesas.
- Está bien; pero este vale por tres (y señaló el de los traductores de Horacio); de suerte que diez y seis y venticuatro son cuarenta.

Y el director de *La Ilustración* entregó las doscientas pesetas en billetes del Banco de España a Marcelino, que no tardó cuatro días en cambiarlos... por libros raros y curiosos.

\* \* \*

Un amigo querido le preguntó una tarde al que hacía veces de Mentor de Marcelino si quería que le presentase en casa de los Sres. de Pidal.

—Lo deseo y se lo agradezco mucho —contestó el interesado.

Obtenida previamente la venia acostumbrada y hecha después la presentación, díjole el Sr. marqués que solían reunirse allí un día a la semana varios amigos, de aficiones literarias, para discutir y esclarecer puntos de Historia y Literatura, invitándole a concurrir a estas veladas.

No se hizo de rogar nuestro Marcelino y presentóse en la sesión venidera, en la que se trataba de los escritores castellanos del siglo XVIII.

Cada cual dijo lo que quiso o lo que sabía, y cuando el tema se daba por agotado, dirigióse el Sr. Marqués de Pidal a Marcelino en estos términos:

—Ya ve V., Sr. Menéndez, cuál es nuestro entretenimiento. Si quiere V. decir algo sobre lo que fue asunto de esta velada... (Y es casi seguro que el Sr. Pidal hablaba así por mero cumplimiento).

—Diré alguna cosa —contestó el estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras.

Y en una hora que duró la peroración tuvo suspensos de su palabra a los oyentes, y cada instante más y más embelesados con la portentosa erudición de aquel niño que les daba noticias recónditas de escritores desconocidos para la mayoría de los circunstantes, analizando sus obras con atinada crítica y emitiendo juicios que llenaron de admiración a los que le escuchaban.

En casa de los Sres. de Pidal se reconoció por primera vez lo que ya entonces era y lo que prometía ser Marcelino Menéndez y Pelayo. Es de creer que no lo habrá echado en olvido; mas si lo contrario fuese, téngase presente que el D. José, que anda mezclado en estos episodios, años ha que no ejerce, como entonces, su antigua y alguna vez provechosa tutela, para recordarle que la gratitud es una prenda tan estimable que ha de tener un altar en el pecho de todo hombre bien nacido.

JOSÉ R. DE LUANCO

